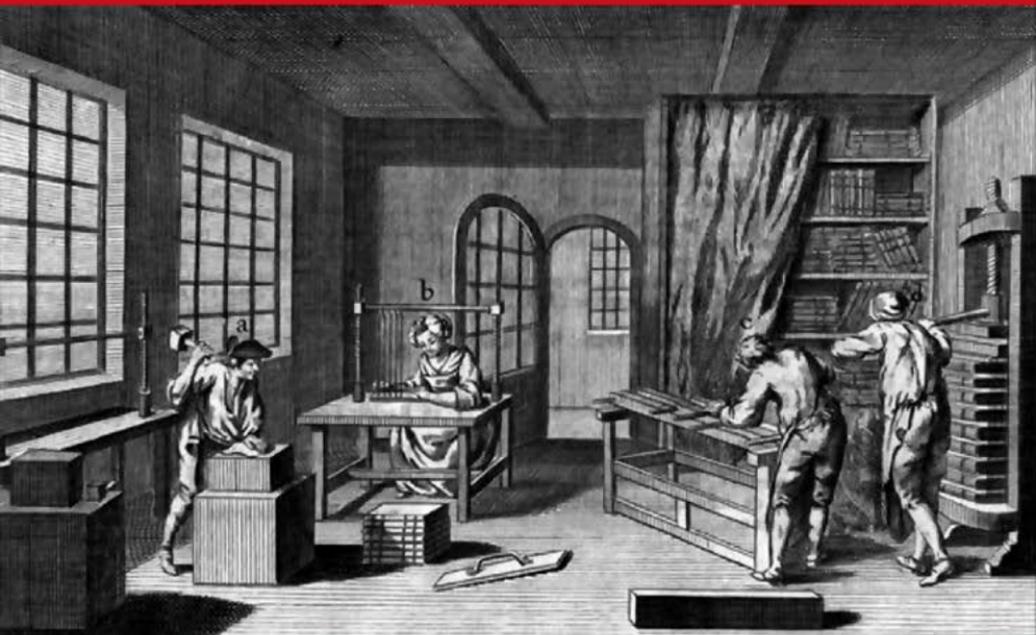


V

icente Pazos Kanki Y LA AVENTURA DE LA LIBERTAD

Fernando Molina





icente Pazos Kanki
Y LA AVENTURA DE LA LIBERTAD

*Para Gonzalo Mendieta,
por presentarme a Pazos Kanki*

Vicente Pazos Kanki
Y LA AVENTURA DE LA LIBERTAD

©Fernando Molina 2010

Diseño: Percy Mendoza
Impresión: Impresión Digital

Editores: Ediciones Pazos Kanki

Impreso en Bolivia
2010

Introducción

Arribar a una apreciación global nítida de Vicente Pazos Kanki, una figura peculiar en todos los aspectos, resulta muy difícil. Hombre de indudables méritos intelectuales, que en general defendió una política sensata y moderada –a la que el tiempo, además, daría la razón–, fue también un aventurero que amaba el lujo y los viajes, que por eso despilfarró su dinero y se involucró en más de una correría dudosa y hasta ilícita. Luchador acucioso por sus causas, al punto de ser exiliado, perseguido y detenido por ellas, podía abandonar la bandera que había estado cargando y coger enseguida otra, aun la opuesta, sin que variara un ápice de su resolución y entrega. Y aunque arriesgó bolsa y vida por sus ideas políticas, al final de su vida se hizo más notoria cierta tenden-

cia suya a adoptar las ideas políticas que le permitirían recuperar su bolsa. Hombre orgulloso que enfrentó sin temor a los poderosos de varios países y épocas, también tuvo que humillarse de una forma lamentable para conseguir pequeñas sumas que le permitieran pagar a sus acreedores.

En síntesis, un hombre contradictorio (¿quién no lo es?), que estuvo cerca y a menudo enfrentado con algunos de los nombres más destacados de su tiempo: Moreno, Monteagudo, Belgrano, Rivadavia, Pueyrredón, Santa Cruz.

Pero no hay duda alguna de su compromiso con la libertad política, la independencia y la autonomía de los seres humanos; y su confianza conmovedora en la palabra, en la capacidad de las ideas para reconstruir el presente y concretar el futuro; en el derecho de todos a pensar, escribir y debatir como hombres libres, sin estar obligados, como requisito previo, a complacer y pedir permiso a nadie. Son ideas que podemos apreciar mejor ahora que en esa su época más despótica, que tenía la democracia como un sueño aún no probado por la realidad.

Fue un librepensador, si dejamos que esta palabra resuene con tañidos épicos. En determinado momento de su vida abandonó la sotana que le había servido para obtener conocimientos y convencer al pueblo de la causa autonomista, se hizo anglicano, se casó con una inglesa independiente e irreligiosa, vivió en distintas sociedades y culturas, y nunca tuvo reparos en pasear su rostro cobrizo y aguileño por palacios de reyes y despachos de presidentes, directores y triunviros.

Hoy la posible significación de su obra, que de forma increíble continuó y, al mismo tiempo rompió con un origen provinciano, campesino e indígena, ha crecido grandemente. En un tiempo que pone las identidades étnicas en el centro de la preocupación colectiva, no podemos olvidar que ya en el siglo XIX Pazos Kanki fue el primer intelectual (“folletista”, editor) de procedencia aymara, el primer periodista y escritor aymara, el primer internacionalista aymara, el primer cónsul aymara acreditado ante Isabel II, la Reina de Inglaterra. Hasta donde sabemos, el primer aymara que, aprendió inglés

y podía despacharse en francés; que tradujo los evangelios a su lengua nativa. Pese a ello, no fue un indigenista, sino todo lo contrario: era un admirador y enamorado de España (contra la que luchó) y de Inglaterra (a la que al final abandonó).

El indio Pazos fue un protagonista de la independencia argentina, pues influyó en el Congreso de Tucumán para que este país rechazara la peregrina idea de retornar a una monarquía incaica y, en lugar de esto, adoptara el régimen federal y democrático que tiene ahora, y que se concibió como una copia del estadounidense. A su vez, el platense Pazos (vivió mucho tiempo en Buenos Aires, ciudad que consideraba la suya, y murió allí) defendió la causa de la Confederación Peruano-Boliviana en contra de la propaganda de los argentinos, que querían mostrar esta coalición como una amenaza a la seguridad continental.

Pazos Kanki, un personaje secundario en la escena americana independentista, pero una de las grandes personalidades de nuestra historia.

Causas y azares

Hijo de un matrimonio de indios (o de un criollo y una india, no hay consenso sobre esto), enriquecido con la agricultura y la minería, Vicente Pazos Kanki nació en una comunidad cercana a Sorata, cerca a la ciudad de La Paz, en 1779, es decir, un año antes de la sublevación indígena que, dirigida por Túpac Amaru, sacudiría al Alto y Bajo Perú. Aunque era muy niño para ser consciente de lo que pasó entonces, este acontecimiento lo marcaría a fuego. Sorata, el pueblo en el que vivía, soportó el asedio de las huestes rebeldes dos veces y lo más probable es que su padre, Buenaventura Pazos, muriera en alguno de los ataques de los indígenas. De este modo, como ocurriría con tantos bolivianos después de él, la polí-

tica trastornó la vida de Vicente. Y su respuesta anticipó la que después daría una considerable parte de sus paisanos, hasta nuestra época: en lugar de escapar de esta actividad tormentosa, de esta fuerza incontrolable que tantos riesgos y tragedias entrañaba, llegó a sentir una extraña, hipnótica, fascinación por ella. No sería, como dijimos, la última vez. Para enfrentar el miedo a la política, los bolivianos suelen lanzarse sin cálculo –y por eso ya sin miedo– a las fauces de la política misma.

La madre de Vicente, Cecilia (Kanki) Palacios, contrajo nuevas nupcias con un señor Silva, quien al parecer quiso bien a su hijastro, porque se encargó de pagar su educación; de ahí que a veces el muchacho se hiciera conocer, quizá abrumado por la fuerte carga indígena del apellido materno, como “Pazos Silva”. Aunque en el Río de la Plata, donde actuaría buena parte de su vida, no tuvo este problema, pues, como corresponde a la cultura local, se lo conoció como “Vicente Pazos”.

Fue un niño y un joven de talento, especialmente en el área verbal. Gracias a esto,

pudo hacer lo imposible: pasear su rostro moreno y lampiño por las universidades del Cusco y de La Plata, aunque para conseguirlo tuviera que apelar a la coartada de la fe. Gracias al dinero de su familia y a su dominio de los idiomas nativos (una capacidad muy útil para la Iglesia), Pazos Kanki consiguió doctorarse en Teología, logro inusitado para un aymara nacido en un apartado pueblito del altiplano altoperuano.

Una vez doctorado, Vicente se trasladó a Potosí, se dice que para investigar las condiciones de trabajo de los mineros, aunque más probable es que tratara de ganarse el sustento por primera vez. Entonces esta ciudad tenía 40 mil habitantes, es decir, la misma cantidad de gente que La Paz y el doble que La Plata. La menguante y desorganizada actividad minera todavía mantenía cierto dinamismo en la antigua joya de la Colonia.

Allí Pazos coincidió con el impetuoso Bernardo de Monteagudo, otro licenciado de la Universidad de San Francisco Xavier, un tucumano que tendría destacada y controvertida participación en la liberación americana y que, con el correr de los suce-

sos, se convertiría en su enemigo personal, y probablemente el responsable de su primer exilio... (Lo veremos enseguida). Por otra parte, su gran amigo en este periodo fue el paraguayo Pedro Vicente Cañete, compañero de ideas revolucionarias, las mismas que Pazos, Monteagudo y tantos otros habían aprendido leyendo libros prohibidos y escuchando la prédica de los profesores radicales de La Plata.

A lo largo de toda su vida (¡cómo explicar su trayectoria de otra forma!) Pazos fue un gran lector, que desde el principio se dejó atraer por las ideas de Rousseau, Voltaire y los enciclopedistas. Su autor favorito fue Thomas Paine; según su biógrafo Charles Harwood, tradujo su panfleto *Common sense* en tempranas fechas (aunque esta afirmación se contradice con otra, del mismo autor, según la cual Pazos no sabía inglés hasta que, bastante después, llegó a Londres). Como fuere, lo cierto es que su admiración por Paine era profunda, lo que de ninguna forma resulta casual, ya que ambos profesaron el mismo oficio, el periodismo intelectual, que en esa época era cultivado por los

llamados “folletistas” y “publicistas” (“persona que escribe para el público, generalmente en varias materias”).

Puede decirse además que, con las distancias del caso —que son, claro, sustanciales—, Pazos fue a la revolución sudamericana lo que Paine a la revolución norteamericana y francesa: una conciencia librepensadora, laica y liberal que abogaba por el uso honesto del pensamiento, el raciocinio democrático (la “puesta en común” de las ideas) y la independencia de los ciudadanos, en especial de los representantes, respecto del poder. Por eso quizá sea pertinente incluir aquí una cita del gran Bertrand Russell, autor de un artículo sobre “El destino de Thomas Paine”:

“Para nuestros tatarabuelos era una especie de Satán terrenal, un infiel subversivo, rebelde contra su Dios y contra su rey. Se ganó la hostilidad de tres hombres a quienes no se suele relacionar: Pitt, Robespierre y Washington. De éstos, los dos primeros trataron de darle muerte, mientras el tercero se abstuvo cuidadosamente de tomar medidas para salvar su vida. Pitt y Washington lo odiaban porque era demócrata, Robespierre, porque se opuso a la

ejecución del rey y al reinado del Terror. Su destino fue siempre ser honrado por la oposición y odiado por los gobiernos”.

De la misma manera, a Pazos lo odiaron los diferentes gobiernos de las Provincias Unidas de la Plata, unos porque llamó a construir una democracia monárquica, que respetara los derechos del rey Fernando VII, otros porque se opuso a la creación de una monarquía autóctona (como veremos, esto es menos contradictorio de lo que se supone); unos porque era moderado, pues entendía la democracia sólo como control del poder, otros porque era demócrata y pedía que los gobernantes se sujetaran a las deliberaciones del Congreso (por tanto, para ciertos propósitos, aparecía como un “radical”). Y todos porque el periodista creía ciegamente en la libertad de expresión, en su derecho de criticar a los poderosos y de convocar a los ciudadanos a evaluar por su propia cuenta las políticas que trataban de imponer las autoridades.

También Pazos escandalizó a la buena sociedad porteña con su apostasía y su

temerario matrimonio con una mujer que juzgaba por sí misma las cosas...

Igual que el inglés-estadounidense, nuestro paisano viajó mucho siguiendo —a veces por casualidad— el itinerario de la revolución. Ya vimos que su nacimiento coincidió con la gran revuelta indígena; en 1805, cuando estudiaba en el Cusco, las autoridades realistas abortaron una sublevación que hubiera dado a esta ciudad la calidad de pionera en la lucha por la independencia, una distinción que ahora se disputan ridículamente La Paz y Sucre.

Quizá porque algo tenía que ver en la conspiración, el estudiante Pazos salió apresuradamente de la bella capital de la sierra peruana y se marchó a La Plata, a concluir sus estudios en la famosa universidad de esta ciudad, que luego bautizaría como “Oxford de América”. Allí, igual que sus condiscípulos, frecuentó la mítica biblioteca heterodoxa del arzobispo Matías Terrazas, y en ella se hizo de las ideas liberales e ilustradas que ya no abandonaría jamás. Si hasta entonces no había sido un creyente (por lo menos no se tienen noticias de que

se hubiera entregado a actos piadosos o místicos), rodeado por los libros prohibidos de Terrazas se convirtió a la religión a la que sería fiel el resto de sus días: la fe en el progreso humano.

Imbuido en tal creencia, que fue la de su siglo, enfrentó 1808, año en que Napoleón destronó a Fernando VII y puso a su hermano José en el trono español, dejando las colonias en acefalía. Pronto comprendió que la crisis que se comenzaba a gestar en América dejaría las protestas del Cusco de 1805, e incluso el levantamiento de indios de 1780 que le arrebató a su padre, en calidad de meros prolegómenos. El malestar de los “colonos” de las Indias, que se acumulaba desde las reformas borbónicas de la década de los setenta del siglo XVIII, encontraba en los sucesos metropolitanos la gran oportunidad de expresarse.

En ese momento Vicente pasó de Potosí a La Paz, donde había encontrado un empleo como profesor de teología de un seminario. Allí presenció la revuelta del 16 de julio de 1809, la primera de una oleada que sacudiría América los siguientes años. No se sabe si

participó o no en el movimiento, en el que sin embargo estaba muy involucrado su discípulo Monteagudo, a quien algunos autores atribuyen la redacción de la celeberrima Proclama de la Junta Tuitiva. Como fuere, en todo caso Monteagudo estaba en contacto con los revolucionarios paceños: también puso todo de su parte para que la rebelión se extendiera a La Plata. En cambio, Pazos, quizá atemorizado por la creciente posibilidad de que la represión gubernamental se desatara en La Paz, salió de esta ciudad con rumbo a Buenos Aires. En ello también tuvo que ver, seguro, su espíritu inquieto y curioso, que en el curso de su vida lo llevaría a recorrer inacabables caminos y a albergarse en tantas posadas de dos continentes.

Cuando atravesó la frontera sur, en 1809, el alto peruano Pazos dejó su tierra natal para nunca volver a ella; en adelante, se asentaría en Buenos Aires y Londres, y arreglaría estancias de distinta duración en Florida, Nueva York, París, Madrid y Lisboa. ¿Suficientes viajes? Además, Vicente solía ocupar su tiempo en excursiones por las afueras de las ciudades en las que residía. Sediento del

mundo en que vivía, quería incorporarlo a su propia vida por los dos medios en que esto resulta posible: errar y leer.

Una vez llegado a Buenos Aires, que entonces sólo era un poco mayor que La Paz, se involucró con Mariano Moreno, otro “charquino” como él (egresado de Derecho en San Francisco Xavier), corresponsal financiero de su familia. Gracias a esta relación, cuando estalló la Revolución de Mayo de 1810 apareció dentro del entorno de Moreno, el jefe “jacobino” de la acción, es decir, como otro miembro del ala radical de la revuelta... Esto resulta bastante curioso, tomando en cuenta sus preferencias políticas viscerales, que como veremos eran más bien conservadoras.

Los radicales del movimiento argentino (Moreno, Juan José Castelli, Bernardo de Monteagudo) querían aprovechar la necesidad de crear una junta de gobierno en Buenos Aires, a fin de organizar la resistencia hispana a la invasión francesa, para declarar la independencia de estas provincias respecto a España; algunos eran republicanos, pero otros planteaban la monar-

quía constitucional, con tal de que ésta fuera puramente platense; abrigaban, al mismo tiempo, propósitos durísimos, si no criminales, respecto a los realistas, es decir, a los españoles y criollos que todavía esperaban reanudar las relaciones de subordinación con la metrópoli, una vez que el peli-gro francés se viera conjurado. Por otra parte, el ala conservadora de la Revolución, que dirigía otro altoperuano, Cornelio Saavedra, presidente de la Junta, apuntaba hacia una independencia parcial, que combinara la democracia interna y la autonomía económica del Río de la Plata con su sujeción formal del país a Fernando VII, siguiendo el ejemplo de la monarquía constitucional inglesa. Como hemos dicho, Pazos cayó por azar en medio de los radicales, mientras que su corazón y sus modales de sacerdote altoperuano lo inclinaban más bien hacia los moderados.

En la hora más temprana de la independencia, Pazos y Monteagudo (rescatado por Castelli y el fracasado primer ejército del norte de su prisión en Chuquisaca), formalmente compañeros de la misma facción,

fueron designados como editores del primer periódico libre de Argentina, tribuna desde la que predicaba Moreno: “La Gazeta de Buenos Ayres”. Para nuestro biografiado, este trabajo respondía a todas sus aspiraciones; lo convirtió en uno de los primeros (y principales) periodistas de la Argentina y el continente. La hoja se editaba dos veces por semana: un número era la responsabilidad de Pazos, y el siguiente, de Monteagudo. Pronto los lectores pudieron observar que los artículos del martes contradecían a los del jueves. Monteagudo mantenía la línea de su corriente; en cambio, Pazos evolucionaba en la misma dirección que el Ejecutivo saavedrista (aunque criticaba a Saavedra mismo).

Pongámoslo así: Después del 25 de mayo de 1810 y hasta la declaración definitiva de la independencia de las Provincias Unidas, en 1816, las posibilidades políticas eran: a) independencia y república, b) independencia y monarquía constitucional americana, c) en ambos casos, escarmiento a los españoles, d) autonomía con amnistía a los españoles y monarquía constitucional borbónica (bajo el mando del rey Fernando) y f) lo mismo (bajo

el mando de un pariente del rey – por ejemplo, su hermana Carlota–). La elección entre estas opciones por parte los próceres argentinos determinaría las luchas ideológicas que los dividieron en la primera etapa de la independencia (antes de que esta se hubiera realizado del todo y por tanto cuando la polémica no se había abismado aún en la polaridad federalismo y unitarismo). La mayoría escogió distintas opciones en diferentes momentos. Castelli, por ejemplo, comenzó con “f” y luego llegó a “a”. Monteagudo escogió primero “a” y luego, al final de su vida, “b”. Belgrano, Güemes y San Martín, mayormente “b”. Todos ellos, sin embargo, y en especial Moreno, Castelli y Monteagudo, se adherían a “c”; esto fue lo que convirtió a Castelli en el “terror del Alto Perú” y a Monteagudo en el operador más audaz de San Martín, primero, y de Bolívar, después.

Más compasivo, en cambio; más tolerante y fiel a una concepción de democracia que veremos más adelante, Pazos Kanki, igual que Saavedra, Sarratea y Rivadavia y otros, se decantó por “d”. Su viraje comenzó luego de la muerte de su valedor Moreno, que

murió misteriosamente cuando navegaba, enviado por Saavedra, al exilio europeo.¹

Al escoger “d” tuvo que enfrentarse con Monteagudo, periodista igual que él, pero a diferencia de él morenista (es decir, radical), consecuente y dispuesto a llegar a las últimas consecuencias para probar su idea, esto es, dispuesto a degollar españoles si resultaba necesario. Esta discrepancia se expresó en la *Gazeta de Buenos Ayres*, al punto que pronto Pazos terminó siendo trasladado a un nuevo periódico, “*El Censor*”. Pese a su falta de habilidad estratégica, de su poco juego político, un defecto que los acompañaría a lo largo de su vida, compliándola de forma considerable, en esa época el joven Pazos tenía influyentes y poderosos amigos y enfrentó con cierto éxito al más diestro Monteagudo.

Pero tuvo que pagarlo. Una vez más, la política (que entonces consistía en las discrepancias entre los líderes en torno al destino de las tierras recién liberadas, luchas que constituirían el primer capítulo de la

¹ Esto ocurrió en marzo de 1811; cinco años después, una vez que el Congreso de Tucumán aprobó la independencia, Pazos adoptaría “a”, pero sin “c”.

historia nacional argentina e hispanoamericana) alteró grandemente la vida de Pazos –aunque éste no fue, hablando propiamente, más que un segundón e incluso un tercerón dentro de estos debates–. Así, cuando Saavedra desapareció de la política nacional y se formó en reemplazo un “trunvirato” de talante radical, expresión de los independentistas más duros (como Manuel Belgrano, Monteagudo y sus amigos), que además controlaban el ejército, entonces Pazos salió exiliado a Gran Bretaña.

Sería el primero de los varios destierros que debió sufrir. Este, que le tocó en la juventud, no le resultó del todo mal. Gracias a la experiencia pudo vivir en la principal capital de este entonces, Londres; aprendió inglés, dejó los hábitos, se pasó del catolicismo al anglicanismo, que le parecía una religión más racional, se casó con una muchacha de buen ver y pasar, publicó en periódicos y editoriales inglesas algunos artículos y estudios de importancia coyuntural y, al final, adquirió una imprenta.

Un par de años después de su partida, volvió a su patria adoptiva en vísperas del con-

greso de representantes –por el que había abogado como editorialista– que se realizó en Tucumán. Como se sabe, este Congreso aprobó la independencia completa de las Provincias Unidas del Río de la Plata respecto a España. Con ello, la anterior posición de Pazos quedó descartada: el país ya no haría tratos de ningún tipo con Madrid, mucho menos para ofrecerle otra vez a un Borbón el derecho de mandar sobre sus pobladores.

Esta decisión parecía traer la certidumbre política, pero en realidad prometía resolver más de lo que en verdad solucionaba. Después de todo, aún hacía falta saber cómo se gobernaría esa independencia sin reyes ni obispos. Así que surgían virulentas discusiones entre distintas facciones, exactamente como en el pasado. Pazos, llegado a Buenos Aires sin sotana y con mujer (una inglesa inteligente, atea y adinerada), también traía consigo un poderoso instrumento que lo hizo atractivo ante la élite política: una imprenta. Volvió a las andadas, entonces, fundó “La Crónica de Buenos Ayres” y se puso a guerrear con los otros medios y los otros publicistas y, a

través de ellos, con las demás facciones de la coalición patriótica.

El Congreso de Tucumán, incluso cuando dejó de tener sede en esa ciudad y una de sus comisiones, sita en Buenos Aires, aprobó hacia 1819 la primera Constitución de las Provincias Unidas, nunca se decidió realmente entre república y monarquía constitucional. Lo único que hizo, en parte por influencia de los indignados artículos de Vicente Pazos Kanki en La Crónica, fue rechazar la idea de entronizar a un “rey inca” que proponía Belgrano (rey que quizá convendría casar con alguna española de sangre borbónica). Pazos, que, como ya hemos dicho, era primero partidario de una monarquía constitucional derivada de España, ese momento, una vez que el Congreso había declarado la independencia, descartó esa posibilidad. Pero los argumentos que esgrimió contra Belgrano fueron antimonárquicos sólo superficialmente (creía que una nueva monarquía –además, “electa” – como la que planteaba Belgrano sería más poderosa y menos controlable constitucionalmente que la antigua y lejana

que se había tenido, y que alguna vez había apoyado; por eso, una vez que el Congreso había decidido romper con España, sólo quedaba elegir alguna forma republicana de gobierno). Pese a su origen indígena, apoyó su discurso en el racismo prevaleciente. Desaconsejó que se confiara el destino de la nación a una “raza degradada”. Poco después, la propuesta de Belgrano (que en el fondo tampoco era pro-indígena, sino una forma sinuosa de plantear un gobierno militar, en el que dominara él mismo) fue popularmente desacreditada como un llamado a entregar el poder a un miembro de la “raza de los chocolates”. Sin llegar a tanto, Pazos se aprovechó del prejuicio y aplastó a Belgrano en los periódicos y en los cafés, anotándose el punto más alto de su carrera intelectual, que incluso sería admirado, años después, por el historiador y político Bartolomé Mitre. Un logro, empero, dudoso desde un punto de vista ético. Pazos se mostró como un hispanófilo antes que como un indígena; aunque, según su biógrafo Harwood, actuó más bien como un aymara resentido en contra de los quechuas, res-

ponsables de la dominación de su pueblo antes de la Conquista. Se trata, sin embargo, de una interpretación muy forzada, toda vez que entre la ofensa y la supuesta revancha habían pasado tres siglos. Además, Pazos nunca se sintió aymara, sino “americano”, lo que equivalía en cierta forma a decir: “ciudadano del mundo”.

El Congreso de Tucumán devino en el gobierno del “Supremo Director” Juan Martín de Pueyrredón, electo por Buenos Aires para detener la demanda federal de las provincias del interior, que amenazaba el predominio del Puerto sobre el país. Esta necesidad era tan importante para la élite porteña, que Pueyrredón no dudó en apoyar la invasión portuguesa de la llamada “Banda oriental”, lo que ahora es Uruguay, que era uno de los bastiones del federalismo. Su locura fue denunciada de inmediato por Pazos Kanki, que así se ganó su segundo exilio, a principios de 1817; esta vez partió con dirección a los Estados Unidos.

Puede decirse que en este momento acaba la “fase heroica” de la vida de Pazos Kanki. Lo que viene después es interesante

más por razones de chismografía que por importancia política o histórica. Pazos se ve envuelto en una serie de aventuras de todo calibre, desde el intento de tomar una isla y reformar su gobierno, hasta, una vez en Inglaterra como Cónsul General de la Confederación Peruano-Boliviana que dirigía Andrés de Santa Cruz, en unos líos de especulación bursátil, venta de pasaportes falsos y demás. Pazos Kanki ya no tenía dinero ni juventud, y esto se notaba. Por suerte, el gobierno peruano-boliviano impidió que hiciera más desastres y, en la medida de las escasas posibilidades y de la proverbial negligencia de la burocracia andina, le concedió algunas granjerías y emolumentos que le permitieron ir tirando, en condiciones crecientemente desfavorables, hasta su muerte en Buenos Aires, se supone que hacia 1852, es decir, 32 años desde la defenestración de su cancerbero, Pueyrredón, que en 1820 había llevado a Argentina a la “Gran Anarquía”.

En ese periodo sirvió, entre otros, a Andrés Santa Cruz, y en esa condición discutió contra los enemigos argentinos del

Mariscal de Zepita y su propósito de unir al Alto y el Bajo Perú. Después de la caída de éste, sin embargo, se puso al servicio del dictador argentino Juan Manuel Rosas, que fue uno de los grandes enemigos de Santa Cruz. Vivía ya “al menudeo”.

Además del rebusque político, Pazos publicó algunos libros para tratar de escapar de sus contratiempos económicos. Uno de los pocos que se ha republicado en este tiempo es “Memorias histórico-políticas”, que, pese a lo que sugiere el nombre, en realidad es una historia periodística (incompleta) de la Conquista. Así se titulaba entonces. Por eso algunos de los principales artículos de nuestro autor llevaron nombres tan imprecisos como “Variedades” y “Reflexiones” sobre esto y aquello. Dos, sin embargo, son bellos títulos: “Tolerancia” y “De la igualdad”.

Pazos Kanki murió en la oscuridad y la pobreza, olvidado por todos. Más de 150 años después, su nombre tampoco se ha recuperado en la estima colectiva. ¿Recordamos acaso a Pazos Kanki? En Argentina se llama como él una localidad

del Partido General Pinto, al norte de la Provincia de Buenos Aires (también la estación de trenes). El pueblo tiene algunos cientos de habitantes. En Bolivia, hay una avenida en La Paz y una calle en Cochabamba con su nombre. Edgar Oblitas escribió unas breves líneas tituladas “Pazos Kanki en Buenos Aires”; y Gustavo Adolfo Otero le dedicó uno de sus atractivos y visuales ensayos, aunque pobremente titulado “Apuntes sobre Pazos Kanki”. Empero, el mayor esfuerzo por recuperar su memoria, como no es raro que ocurra, provino de la poderosa academia norteamericana, pues uno de sus miembros escribió la única biografía de nuestro personaje, que en inglés se llama *Vicente Pazos Kanki del Alto Perú*, y que en español Los Amigos del Libro hicieron conocer como *Vicente Pazos Kanki – Un boliviano en la libertad de América* (La Paz, 1975).

Las ideas de Pazos Kanki

Pazos Kanki creía en la libertad, pero no en la revolución. Partía de la siguiente premisa: “Todo hombre tiene la predisposición a ser tirano, si las circunstancias le presentan la oportunidad para serlo”.² Detrás de este aserto se extiende una larga argumentación filosófica, que se emparenta, por supuesto, con Thomas Hobbes y su referencia al *homo homini lupus* de los antiguos. La psicología y la sociología modernas quitan a esta afirmación pesimista sobre la naturaleza de los políticos su forma esencialista, y la respaldan con abundante *exemplum*. Ya lo dice el propio Pazos: solo “si las circunstancias le presentan la oportunidad

² Las citas de Pazos de este capítulo han sido tomadas de la biografía de Harwood ya citada.

para serlo”, el hombre es lobo del hombre. Esta argumentación sería moderna, es decir, no caería en la entelequia de una supuesta “naturaleza humana” de carácter esencial e inmodificable, si no fuera por el adjetivo “todo” de la frase: “todo hombre tiene predisposición a ser tirano”. Este adjetivo totalizador remite, claro está, a la anticuada “sustancia humana” y su “ley natural”. En ellas creía Pazos, como correspondía a su tiempo.

En todo caso, la importancia de la fórmula de Vicente Pazos Kanki reside en el peso que le da al ambiente en que se sitúa su candidato a tirano. Si en general los seres humanos caemos en el despotismo cuando las circunstancias nos son propicias, la clave no está en tratar de encontrar un hombre puro que sea la excepción a la regla, búsqueda que resulta imposible con medios racionales. Pues cada líder tendrá seguidores que lo crean capaz de resistir a la tentación autoritaria, incluso en condiciones favorables a esta. Y nadie intercambiará esa confianza por un sentimiento análogo respecto a otro líder. Así que no hay forma de

determinar cuál de estas creencias es, o podría ser, la mejor. Por otra parte, ¿cómo podríamos elegir un hombre por la presunción de que será incorruptible en el futuro, si toda aseveración sobre el futuro, en la medida en que, obviamente, no ha ocurrido, es contrafáctica, es decir, condicional (depende de lo que imaginemos que pasará) e imposible de corroborar empíricamente?

Lo único racional, entonces (aunque esto no implica que se elija siempre) es poner toda la atención en ‘las oportunidades que presentan las circunstancias’, es decir –y por esto apostaba Pazos Kanki– en erigir y fortalecer instituciones de control del poder del dirigente, por ejemplo la necesidad de que el Ejecutivo actúe dentro del marco normativo establecido por el Congreso, la existencia de una Constitución inviolable, la concesión de derechos que garanticen una ciudadanía informada, participativa y responsable. Además, Pazos, como buen periodista, pensaba que la más importante institución de control del poder destinada a impedir que un gobernante se convirtiera en tirano, era la libertad de prensa.

“Todo ciudadano tiene derecho a saber de la conducta de los funcionarios públicos, y la república saca utilidad y ventajas de este escrutinio: este es el objeto principal de la libertad de imprenta; toda indicación que atente a este precioso do de los pueblos libres es despótica, y debe arrancarse con mano fuerte”.

Pero la libertad de prensa, que para él es tanto como lo que ahora llamaríamos “pluralismo”, no puede concebirse más que sobre la base de un fundamento, del cual depende todo el resto: la tolerancia. Pazos Kanki dedicó su vida a la defensa de la tolerancia, esto es, a la lucha en contra del dogmatismo, que la hace imposible. Dogmatismo o sentimiento de que unas ideas son absolutamente verdaderas y morales, por lo que su crítica no es aceptable y, más aún, resulta contraproducente. Para el dogmático, el debate racional de su pensamiento, el pluralismo que está asociado a este, y la tolerancia que le da su fundamento ético, constituyen un factor de atraso y desviación para la sociedad.

Dogmáticos descarnados fueron Mariano Moreno, José Luis Castelli y Bernardo de

Monteagudo; pero este pecado también estaba presente, más atenuado, en la mayoría de los otros líderes patriotas, incluyendo a San Martín y Bolívar. Ellos creían que su causa era tan sagrada que les autorizaba a cometer los peores crímenes. Castelli, a la cabeza del ejército del norte, asoló a los realistas del Alto Perú; Monteagudo provocó la muerte de cientos y el destierro de entre cuatro y diez mil españoles del Perú. Ambos, los “jacobinos” de la independencia, estaban imbuidos de la seguridad dogmática y autoritaria en su propia misión. Si la causa de la independencia salvaría a los americanos de un pasado opresivo y desilusionante, si abriría las puertas a una nueva etapa de realización fraternal y de progreso, el castigo para quienes pensaban diferente, para aquellos que aún debían lealtad a España y sospechaban que las revoluciones en curso cambiarían los jefes pero no las vidas de los americanos, era un castigo del todo justificado. Como aniquilar alimañas cuando se está en un campamento insalubre. No contaban las vidas y haciendas de los colonos, sino las grandes palabras: justicia, libertad, emanci-

pación. Por eso la molestia y sorpresa, casi el estupor de Monteagudo cuando sus compañeros, los otros jefes de las nacientes repúblicas, criticaban su crueldad y pretendían investigar sus abusos.

Castelli chocó contra los intereses, pero también contra los buenos sentimientos de las élites altoperuanas, contra cierta tolerancia envuelta en los ropajes de la hipocresía y la indiferencia. Vicente Pazos Kanki ya había dicho, antes de este acontecimiento, que “la tolerancia es incompatible con la revolución”.

Pazos Kanki abogaba por la convivencia con los realistas, es decir, los disidentes de su época, que eran perseguidos por sus colegas patriotas. Pensaba que se estaba luchando por la libertad para eliminar el despotismo y la tiranía, no para imponer las ideas de los revolucionarios a toda costa. Por eso las nuevas naciones necesitaban “libertad para pensar y para escribir (que) constituye el desiderátum del espíritu de las leyes (e) impele la marcha y progreso de la razón”.

Si la independencia americana fuera despotica, Pazos Kanki desconfiaría de la inde-

pendencia americana. Mejor una monarquía con libertad, que la anarquía de los revolucionarios arrasando los países a sangre y fuego. “Si la vara de hierro es la misma, ¿qué importa que el que la maneje sea americano, ruso o africano? Esto es propiamente mudar sin destruir la tiranía”, decía. Por ideas como ésta fue desterrado por las nuevas élites que estaba formando la guerra independentista, las cuales aspiraban a manejar la “vara de hierro” a su aire, con el solo justificativo de haber nacido en América y no en la Península Ibérica.

Pero el argumento de Pazos Kanki no se dejaba expatriar: ¿Debemos, se preguntaba, “sustituir el despotismo gubernativo bajo el cual hemos vivido encorvados tantos años por un despotismo popular; y a la intolerancia monacal debe suceder la intolerancia civil?”

Para él se trata, entonces, de crear un sistema de leyes e instituciones que evite que un “hombre se convierta en tirano”. Con la palabra “democracia” Pazos Kanki denominaba exclusivamente a este sistema de control de poder, es decir, reducía el *sistema democracia* a uno solo de los meca-

nismos que lo ponen en marcha, el Estado de Derecho. De ahí su oposición a los motines y las asonadas, y su busca de gobiernos estables, organizados, firmes. De ahí también que concibiera como posible una sociedad libre bajo un gobierno no electo, por ejemplo el monárquico ilustrado.

Tenemos, entonces, que si de la democracia sólo se observa el mecanismo electoral y de participación del pueblo, el resultado es el jacobinismo: instituciones que, por ser populares y buscar un objetivo mayoritario, no tienen freno. Así Moreno, Castelli, Monteagudo y tantos otros líderes modernos que por supuesto el lector tiene en mente. En cambio, si, como hace Pazos Kanki, de la democracia sólo se observa el mecanismo del Estado de Derecho, el tema de “quién gobierna” pierde relevancia a tal extremo, que es posible admitir incluso que lo haga un rey, y luego, claro, sus hijos y sus nietos.

Por eso el pensamiento democrático actual considera que ambos mecanismos, el de expresión de la voluntad popular, o electoral, y el de control del poder del diri-

gente, o Estado de Derecho, deben actuar siempre juntos para que podamos hablar de democracia.

La libertad no es una autorización para la pereza, dice Pazos; todo lo contrario, el hombre libre debe trabajar redobladamente para conservar lo que tiene, porque lo que abundan son los tiranos y los aspirantes a serlo, mientras que siempre faltan leyes que aseguren el orden, si entendemos éste como el gobierno sin abusos de líderes férreamente controlados por sus conciudadanos. La amenaza para América son las instituciones de facto que se erigen para que “los débiles sean los peones de los fuertes”.

La frase completa dice: “Los débiles serían peones de los fuertes de no existir leyes”. Las leyes, entonces, deben proteger a los débiles, darles derechos, pero en ningún caso eliminar a los fuertes. En un artículo llamado “De la igualdad”, Pazos Kanki advierte que sólo los hombres que no tienen nada están realmente interesados en la igualdad, porque quieren mandar de la misma forma en que son mandados. “Las leyes justas, en cambio, aunque no puedan

igualar a los ciudadanos en las cosas materiales, pueden igualarlas en el derecho a adquirirlas y mantenerlas”.

Con lo que Pazos Kanki, mostrando su penetración intelectual, defiende la versión del utilitarismo de Jeremy Bentham, sofisticada y depurada por su discípulo y principal crítico, John Stuart Mill. *No tratar de igualar a los ciudadanos en cuanto tienen, sino en sus derechos a lo que pueden*, sigue siendo el planteamiento basal del liberalismo, el rasgo estructural que diferencia este edificio teórico-político de los otros que ha construido la modernidad.

Podríamos seguir, pero perderíamos de vista uno de los objetivos de este texto, que entre otras cosas aspiraba a ser un pequeño trabajo sobre un gran hombre.